

— Admirable pensamiento, me dijo, y dándome un apretón de mano, se fué al meson de los huevos que es la posada síndica de los cuadrilleros del uniforme verde, y yo me retiré á casa á dar una vuelta por mi familia. Allí me encontré dos esquelas á un tiempo, en que me llamaban para copiar borradores, que es lo único en que ahora se pueden ganar algunos cuartejos, y le aseguro á usted que mas hubiera querido que viniese una despues de otra, por que me figuro que ha de haber mucho que hacer para poner en limpio los dos asuntos de que tratan. La primera que lei es de un señor general que tiene honores de golilla, y que aunque nunca ha salido de la corte, no solo ha sabido ascender á los primeros grados de la milicia, sino que tiene todas las insignias, órdenes y condecoraciones que han salido desde Carlos III acá. El hombre se ve hoy una miajita comprometido sobre ciertos dictámenes que se le pidieron hace algun tiempo, y ya se vé, como él no era profeta y vió que la maza estaba levantada sobre dos clases de sujetos, juzgó que era mas sencillo hacer que descargara encima de ellos, que no tenerla suspensa tanto tiempo contra las leyes de la estática.

La otra esquela era de un eclesiástico de muchas campanillas, contra quien van lloviendo tantas quejas de todo el tiempo que ha estado ejerciendo un destino de importancia, que al fin y al cabo recela que se ha de dar á su costa una satisfaccion al público. Yo lo sentiria mucho por cierto, porque tengo fundadas esperanzas de que me reciba por su mayordomo ó cosa semejante, como que nadie quiere que le sirva sino gentes asi como yo, que piensen de la misma manera que él, y como van quedando tan pocos de nuestro modo de pensar, no habrá quien me dispute la conveniencia. Lo cierto es que así uno como otro quieren dar un *manifesto*, cada uno á su manera, porque dicen ellos y dicen bien, que este modo que se ha descubierto de poco acá, es el mejor y el mas sencillo para, despues que uno ha hecho lo que le ha dado la gana, dejar á todo el mundo con la boca abierta: como que se hace uno los cargos á sí propio, y responde lo que se le antoja, y pone los documentos que quiere, y como quiere, y con la fecha que quiere, y por fin y postre le dejan la renta, y el que viniere atras que arree, y el que fuere tonto que estudie y santas pascuas.

Al correo inmediato daré á Vm. razon puntual de como va este asunto, y le enteraré de otras cosas que nos interesan: entre tanto queda de Vm. afectísimo, — *El lamentador*.

IV.

CARTA CUARTA DEL POBRECITO HOLGAZAN.

Amigo y señor: dejé, sino me engaño, pendiente mi última carta en aquellas esquelitas que acababa de recibir de mis dos favorecedores; y en efecto, apenas me acepillé el vestido cuando me

fui en derechura á presentar mis respetos á su escelencia. Halléle en su gabinete revolviendo mamotretos y deshaciendo legajos, que segun el colorcillo de manteca rancia que tenian, me parecieron no haberse visto en soltura de muchos años acá. Apenas me hubo mirado, echo mano á los anteojos y me dijo de este modo: ¿Parécele á Vm., amigo, que á un hombre de mis servicios se le ponga en precision de cantar la palinodia? Supongo á Vm. enterado de las bolinas que corren, y acaso no ignorará que me veo en precision de imprimir un *manifesto*. No es esto lo que me apura, porque ademas de que ya me lo tiene enjaretado un amigo que me estima, tengo aquí una coleccion de los que mas han sonado en estos años atras. Lo que sí me mortifica es, que hasta tanto que salga, tengo que guardar clausura y no presentarme con mi berlina por ese prado adelante, como tenia de costumbre. Hasta el compañero que iba todas las tardes conmigo, se ve tambien atacado y no se atreve á salir de su escondite. Por lo tanto yo quisiera que Vm. no retrasara el ponerle en limpio; y para que no pueda equivocarse en los elogios que debe tributarme, quiero que Vm. vaya repasando conmigo esta hoja de servicios que he encontrado aquí á la mano.

Piensen por ahí cuatro tontos; que para haber llegado á teniente general nó he tenido mas que favor y mas favor, pero yo les haré ver ahora que no me han hecho mas que justicia rigurosa. Porque ha de saber Vm. que todavía no habia cumplido nueve años cuando me veia ya con dos charreteras en los hombros y mi despacho corriente por los muchísimos méritos que habia contraído mi madre siendo *señora de honor*. Mas de seis años estuve agregado á los regimientos que habia de guarnicion en la corte, y precisado todos los meses á irme á presentar en la revista. Vi pasar por cima de mi muchísimos capitanes mas modernos que yo, bajo pretesto de que habian perdido algun miembro de su cuerpo en la guerra de Gibraltar. Entre tanto ya me iba apuntando el bigote, y sino es por un almuerzo que se dió en la casa del Labrador, acaso no hubiera salido á gefe hasta estar harto de cumplir diez y seis años. Por fin me hicieron teniente coronel agregado, y tuve que ponerme en marcha para el puerto de Santa María, separándome de mi pobre madre, y sin mas recomendacion que unas cartas del ministro de la guerra para el capitan general de Andalucía. Este señor me precisaba á ir muchos dias á su mesa, y hasta me encargó una comision de traer pliegos á la corte, anunciando la llegada de una flota. ¿Vea Vm. si este servicio no merecia la miseria que me dieron, que fué el grado de coronel? Pues hasta eso llegaron á murmurar. Detúveme aquí unos dias, y como no era razon que habiendo yo servido tan bien á la patria, no se me concediera algun descanso, mi madre reclamó, como era justo, que se me emplease en la secretaría, sin mas objeto que el de cobrar alguna cosa mas de sueldo. Allí aguanté todo el tiempo que duró la guerra anterior con

Francia, y cuando se hizo la paz, ya se caía de su peso que me dieran la encomienda que disfruto en la orden de Santiago. Luego tuve que aguardar á un día de besamanos para lograr el bordado de brigadier. Vea Vm. si hasta entonces tendria nadie que decir de mi carrera; pues con todo eso no me han faltado enemigos y envidiosos que han estado murmurando de mis adelantamientos, sin considerar que otros, apenas andan á gatas, cuando ya son mariscales de campo. En verdad en verdad, que yo no lo fui hasta la campaña de Portugal, cuando conquistamos el *Naranjal de Yéves*, que nos costó mas sangre que lo que á Vm. le parece. Finalmente, cuando llegaron los franceses, yo me exalté de puro patriotismo, y de paso para Cádiz me acerqué á la junta de Extremadura, donde me dieron el grado de teniente general.

Todo esto que he dicho á Vm., lo verá confirmado en ese legajo, que no hay mas que ir buscando patentes para que vea Vm. que no miento. Pues por lo que hace á insignias, no hay una que yo no me haya ganado; á bien que no tienen mas que mirarme al pecho cuando voy á la corte, y verán que apenas tengo uniforme donde me quepan. Por eso S. M. que hasta ahora solo ha premiado el verdadero mérito, me colocó en el supremo consejo de la guerra para que con mis luces y experiencia militar, organizase el ejército y cuidase sobre todo de poner trabas á las purificaciones. Esto es en compendio lo que Vm. ha de poner de letra bien clara en el *manifiesto*, tocando ligeramente eso que dicen por ahí de los dictámenes particulares que puse, porque ademas de que yo me propongo desvanecer esa especie verbalmente, con solo que Vm. recalque un poco sobre *mi nacimiento, mi honor, los altos destinos que me han sido confiados y sobre todo mi acendrado celo por el servicio*, estamos despachados y Cristo con todos. Para documentos justificativos puede Vm. copiar al fin todas las patentes y despachos que tengo, y aquel oficio que me pasó el alcalde de don Benito contándome el suceso de la Albuera.

Con esto me retiré á mi casa, y despues de haber puesto en órden todos los papeles, me dirigí á la del otro señor eclesiástico que me habia enviado á llamar. Como ya sé su genio, procuré mesurar mi semblante y mis palabras para no contradecirle y aguantar algunas impertinencias que tiene. Encontré al lacayo en la antesala, y como este no sabia que yo iba allí llamado, me dijo que no tenia que esperar al amo, porque estaba rezando maitines, interin llegaba la hora de darse la disciplina. Díjele entonces que yo no me hubiera atrevido á venir á molestarle, si no me hubiese enviado á llamar para cierto encargo que se necesitaba de prisa. Levantóse de la silla y pasó á dar el recado al señor, quien dió orden inmediatamente de que pasase adelante. No estaba por cierto rezando maitines, sino tomando un jicaron de chocolate con muchísimos bizcochos, y sin levantar la vista me preguntó si yo era todavía cristiano católico, ó si me habia dejado pervertir por las máximas

del día.—Bonito soy yo para eso, le respondí; apuradamente ninguno es mas enemigo que yo de lo que está pasando, y cada dia me acuerdo mas de lo que perdemos todos en que ya no se escuchen los santos consejos de los varones apostólicos que hasta ahora han llevado el timon de la iglesia y del estado. Pero Dios querrá que esto cambie, y que veamos otra vez encendida la antorcha de la fe que se va apagando á toda prisa.

Entonces me miró de arriba abajo, y poniendo una cara algo menos austera que hasta allí:—Bien parece, me dijo, que no ignora Vm. los grandes servicios que se hacen á la nacion con abocarse uno exclusivamente las propuestas de todos los destinos de importancia, porque con eso nadie sale acomodado sino el que tiene el modo de pensar que se le manda. Mi dictámen ha sido siempre que ninguno que se rie puede ser querido de Dios, que los hombres necesitan mucho palo, y que no poniendo al frente de todas las corporaciones hombres duros y apasionados á obedecerme, el altar y el trono corrian un peligro inminente. Pero esto no es del caso; lo que yo necesito es que Vm. vea de coordinar un *manifiesto*, así á manera de pastoral, que pienso dar á luz un dia de estos para desvanecer ciertas voces que susurran sobre si me he de ir á mi iglesia, por que dicen que ya no hago falta. Yo sé muy bien que la hago, y sé mucho mejor que no tengo gana ninguna de ir á tratar como iguales á los que han sido mis súbditos: sé lo que son cabildos y yo nunca he podido estar en paz con ellos; con que vea Vm. el modo de arreglar esos materiales, porque mi cabeza no está para tales ocupaciones.

Inclinó la suya haciéndome señal de que me marchara, y yo le obedecí con disgusto porque deseaba hallar algun hueco para espetarle mi pretension.—Verémos si cuando le lleve el trabajo concluido, puedo tirar alguna puntada que me asegure la bucólica. El trabajo no era difícil porque ya estaban indicados los medios de defensa, siendo el principal de todos recordar al público que no hay medio mas seguro para ganar el cielo, que olvidarse de las injurias recibidas y colmar de nuevos beneficios á los que nos han hecho mal. Con esta y con unas cuantas citas de San Pablo y de la sagrada Escritura, quedó demostrado que *á lo hecho, pecho, y agua pasada no muele molino*.

No tardarán en salir al público y yo tendré buen cuidado de remitírselos á Vm., pero entre tanto quiero enterarle de como van estas cosas, porque me parece que le ha de ensanchar el ánimo lo que voy á decirle. Ya sabe Vm. que lo que mas me afligia cuando empezaron estas trapisondas era el ver que todos los madrileños se habian dado de ojo para no remover aquellas especies de que nosotros hemos sacado tanto fruto en estos últimos años. Quiero decir, aquellas designaciones de partido, con las cuales supimos mantener una guerra abierta entre familia y familia, haciendo que una parte de los españoles mirase á la otra como indigna de merecer

este nombre. Nadie puede negar la utilidad que sacó la patria de tener divididos los ánimos hasta el punto de que no solo fuesen escluidos de los empleos aquellos que nos podían hacer sombra, sino también desechados de la sociedad, y privados de respirar el aire patrio. Nosotros tuvimos el gusto de marcar sus frentes con los ingeniosos mote de *liberales* y *afrancesados*, y no contentos con declararlos incompatibles con nuestro verdadero interés, supimos también enzarzarlos á ellos entre sí para que se aborrecieran mutuamente, ó á lo menos para que se mirasen con reciproca desconfianza. Era casi imposible que se reconciliaran nunca, y de este modo estábamos seguritos de conseguir cuantos destinos vacasen. Pero aquel aciago día 3 de marzo, este pueblo de Madrid, que es un bragazas, empezó á pedir á gritos la amnistía general sin distincion de personas, aturdiendo el palacio, la plazuela, las casas consistoriales y todos los sitios públicos, hasta que arrancó el fatal decreto de olvido y de libertad.

Le confieso á Vm., amigo, que por entonces miré nuestra santa causa como perdida enteramente y que no hubiera dado un pito por el triunfo de nuestro partido. Mucho mas creció mi desconfianza cuando supe que se habia dado orden para que pudieran volver al seno de sus familias todos esos bribonazos que impidieron el saqueo de Madrid, de Sevilla y de otros pueblos, cuando la invasion francesa, sobre todo aquellos picaros que hallándose ejerciendo la judicatura, no abandonaron el foro, para trasladarse á Cádiz donde cabia todo el mundo, y desde cuya plaza podian administrar justicia á los pueblos que les estaban encomendados. Ellos fueron la causa de que se detuvieran los progresos de la anarquía, y hasta hicieron la iniquidad de que se estableciese algun orden en el pago de contribuciones. Yo les aseguro que por el voto de Vm. y mio nunca habian de haber tenido ni aun remota esperanza de volver á abrazar á sus madres, esposas, hijos ni amigos, ni aun el de beber las aguas de los rios que les vieron nacer. Pero este bárbaro pueblo, que es generoso y noble por instinto, lo primero de que se acordó fué de pedir al rey que olvidara él mismo sus agravios, y que los hiciera olvidar á todos los españoles.

Pero aquí de mis artimañas y de las de todos los nuestros. Lo primero que hemos hecho ha sido introducir la duda de si el decreto, que está concebido en términos generales y no ofrece la menor dificultad, es aplicable á los *afrancesados*; si debe interpretarse con arreglo á lo que dice ó á lo que debió decir; si fué esa la intencion del pueblo ó la del gobierno, y finalmente si la orden comunicada á los embajadores de Paris y de Londres, se ha de revocar ó no. Ya Vm. conoce que esto es muy interesante para lo sucesivo, porque como las ideas de los *afrancesados* son tan parecidas en ciertas cosas á las de los *liberales*, no tardarian casi nada en unirse contra nosotros y nos veriamos negros para poder alternar con ellos en la provision de destinos, que es el objeto principal de

nuestras ansias. Pero ya gracias á Dios vamos sacando partido, y empiezan á dejarse persuadir de nuestras insinuaciones; de modo que si logramos que los *liberales* se declaren otra vez enemigos de los *afrancesados*, sin remedio ninguno vamos á tener bajo nuestras banderas á los unos ó á los otros.

También debe Vm. tener esperanzas en la santa liga de los principes del norte, que el que mas y el que menos está temblando de que se introduzca aqui la heregia de Lutero, porque como todos ellos son católicos, apostólicos, romanos, á macha martillo, es regular que cada uno envíe un ejército en forma de cruzada para sujetar á estos locos. Lo que si debe darnos cuidado es el que abran los ojos los propietarios de la nacion, que es en quienes reside la verdadera fuerza, porque si ellos llegan á formar una liga, aunque no sea santa, estoy bien cierto de que nos van á reducir á la dura necesidad de que trabajemos todos los que gustamos de holganza. Pero no es de esperar que una gente que tiene puestos sus cinco sentidos en la vil ocupacion de cultivar la tierra, se vaya á penetrar de las ventajas que les ofrece la constitucion, ni que deje de mirar con respeto á los que siempre los han tenido á los pies de los caballos. No en vano decia un hombre docto, que mientras se conservara en España la aficion á la teología, no habia que temer alborotos ni sediciones; porque ya se ve, si en un pueblo de cien vecinos los veinte tiran para beneficiados, catorce para abogados, seis se meten frailes, cuatro estudian para escribanos, ocho se vienen á ser lacayos á Madrid, tres se dedican á barberos, otro á herrero, aquel á carretero, y si luego se descuentan el sacristan, el monago, el médico, el boticario y el maestro de niños, vea Vm. lo que queda para cultivar las tierras, las viñas y demas zarandajas del campo.

Otro arbitrio hemos discurrido para cortar los vuelos á las ideas del dia, que es poner en ridiculo eso que llaman el *juramento*: porque decimos nosotros, si eso que se jura fuera con ánimo decidido de cumplirlo, una de dos, ó se apresurarian á prestar el juramento muchas personas que se sabe que no le prestan sino á regañadientes, ó se resistirian con noble franqueza á prestarle: es así que apenas juran cuando ya estan obrando en contra de lo jurado, ergo esto no es mas que una farsa para salir del apuro. Yo asistí el otro dia al juramento que prestó una corporacion de esta corte y por cierto que tuve un rato muy divertido, porque fué tal la jarana y la gresca que se armó, que era cosa de reir uno las tripas. Verdad es que estaba abierto el libro de los Santos Evangelios, que habia delante la imágen de nuestro Redentor Jesucristo (y por cierto que era de plata): que se les puso á cada individuo la señal de la cruz y se interpeló el augusto nombre de Dios; pues con todo eso se estaba viendo en algunos que aquello no era mas de por cumplir, y en los mas se descubria la violencia con que pronunciaban el *si juro*. Yo conocí que tenian razon, porque como ya

tantas veces se han jurado tantas cosas, y nadie ha pagado el pato sino los tontos que lo cumplieron, lo mejor es jurar como en un barbecho y luego hacer lo que á uno le tenga cuenta: ¿está Vm.?

Tambien nos tiene ofrecida su pluma un poeta de nuestro bando, porque es del bando de todos; y yo no sé si es por la fuerza de sus versos, ó porque sabe cuando los ha de hacer, lo cierto es que el partido que él alaba es siempre el que queda encima. Cosas le he visto yo en otros tiempos ensalzar hasta las nubes, que segun todos decian, debian estar debajo de tierra, pero tambien el pobre que quedaba debajo ya podia encomendarse á Dios, porque en un abrir y cerrar de ojos le espetaba una sátira que le volvía loco, aunque el dia antes hubiese comido en su casa y á los postres le hubiese pedido prestada una onza. Es hombre de mucho provecho y que á pura copla ha sabido calzarse un destino útil y descansado. Ya dice él que se va á jubilar como poeta, pero nos tiene dada palabra de que luego que esto cambie en términos de que no haya duda ninguna, el primer soneto que componga ha de ser en alabanza de la inquisicion y unas letrillas á la órden tercera de nuestro padre San Francisco.

Igualmente he recibido una carta de un caballero cruzado que tuvo mucho favor en su tiempo, como que corrieron voces de que iba á estar en el candelero. Tambien la echa de escritor, y era una de las columnas de la iglesia y del estado, como que le valió bien uno y otro. Si supiera Vm. que pesetas hizo en poco tiempo... sobre que su casa era una colmena. Allí las cajas de dulce, los jamones, las cargas de chorizos, el aderezo para la señora, los juguetes para los niños, y de cuando en cuando los cartuchos de medallas por via de gratitud, pero nada de simonía ni de cohecho. ¡Si, bonito era él para tales picardias! como que una vez que le regalaron unas peras en una bandeja de plata, se salió muy enfadado hasta la puerta diciendo á los criados que ¿porqué habian recibido las peras? Yo concurri algunas veces á su tertulia cuando tenia mangoneo, y en mi vida he visto junto tanto señor de respeto. De obispo abajo no habia clase de sujetos que no gustaran de oírle, pero él á todos les hablaba en su lengua, y como tenia aquel *coram vobis* y aquella magestad en el hablar, les hacia creer á todos cuanto le daba la gana. Y no tenia maldita la vanidad, porque aunque hizo grabar su retrato de cuerpo entero, no fué mas de porque se lo rogaron algunos amigos suyos, que estaban mal con que él no se diese á conocer por ese mundo. Me parece que le estoy viendo todavia con su vestido bordado, sus veneras, su escudo como el mio, y aquel andar tan posado que parecia un embajador. Dios le bendiga por el bien que me prometió, y que me hubiera cumplido sin duda alguna, á no haberle levantado un caramillo, que le hizo saltar de aqui con mucha pena de los buenos. ¡Oh envidia y qué de males acarreas! Ya se ve, si en cuanto vieron que no habia logrado ser lo que él deseaba, empezaron á hacerle burla

hasta los pretendientes, y eso que les habia prometido no recibirles *la escelencia*. Pero á fe que ya me dice que en cuanto se vuelva la tortilla, no ha de dejar obispado donde no cobre una pension, y lo creo porque es hombre capaz de hacerlo como lo dice.

Vea Vm. pues como aqui no perdemos el tiempo y vamos preparando materiales para nuestra empresa: no se descuide Vm. por su parte, y dándome avisos de sus progresos, mande á su afectísimo, — El Lamentador.

V.

CARTAS DE DON JUSTO BALANZA (1).

Gracias á Dios que se le acabó á Vm. la mina, señor lamentador, y que los ciegos cesarán ya de aturdirnos los oídos con sus ayes y clamores, y con sus ironías forzadas. Ya no tendremos cada semana una pepitoria de retratos, concluidos unos, otros en bosquejo y otros á medio hacer, que no sabia uno donde fijar la vista sin que se encontrara con un nuevo estrago de los tajos y reverses de su viperina lengua. Ahora me permitirá Vm. que yo me tome la misma licencia en las cartas que voy á dirigirle, y prepare sus costillas para sufrir las tornas con la misma paciencia y buen talante con que los demas hemos tolerado sus extravagancias. No tema Vm. sin embargo que voy á entrarme por el campo trilladisimo de las personalidades; pudiera sacarle algunas á la cara si no estuviera convencido de que la de Vm. es materialmente de baqueta, y que un hombre que hace gala de lo que los demas miramos como una afrenta (2), al paso que irrita por su impavidez, desarma el brazo del que le apalea por la insensibilidad con que lo recibe. Tampoco se figure Vm. que voy á ensangrentarme con un partido, que se va haciendo de moda, gracias á lo mal que han sabido atacarles los particulares y los gobiernos; que no parece sino que unos y otros se han empeñado en bruñirle á fuerza de frotar sobre él. No basta tener razones, se necesita tambien saber espresarlas, y este don no suele ser

(1) Por estas primeras muestras que hemos presentado de las cartas del holgazan, podrá formarse juicio del estilo que creyó Miñano ser el mas á propósito para llamar la atención de sus conciudadanos sobre los abusos y errores gubernativos que mas perjudicaban en España. Pero á pesar de los aplausos y la boga con que fueron recibidas estas lecciones de una jocosidad verdaderamente dramática, temió el autor que aquella ansiedad del público fuese mas bien debida á las gracias y novedad del lenguaje que al convencimiento de la verdad y del desengaño. Por eso, renunciando á la prodigiosa ganancia que le proporcionaban aquellas publicaciones que hubiera podido continuar años enteros sin molestia, tomó la resolución de impugnarse á si mismo publicando otros artículos semanales, á los que dió el título de *Cartas de don Justo Balanza*. En ellos se propuso amplificar en estilo serio las mismas criticas que con tanta felicidad habia espuesto en el jocosos y satírico, dando una prueba mas en este repentino cambio de lenguaje, del estudio profundo que habia hecho de su lengua y del corazón humano. Pondremos solo algunos párrafos de los que nos han parecido mas interesantes.

(2) El llamarse afrancesado.